

Chile: Inauguración de la universidad Alberto Hurtado

Fernando Montes SJ

El 20 de octubre de 1997, se inauguró en Santiago de Chile la Universidad Alberto Hurtado, dirigida por la Compañía de Jesús. En esa ocasión, su Rector, Fernando Montes SJ, pronunció su discurso inaugural en presencia del Presidente chileno Eduardo Frei, del expresidente Patricio Alving y de unas mil personas, entre senadores, diputados, figuras políticas, académicas y religiosas de Chile. *Encuentro* reproduce aquí el texto completo del discurso del Padre Montes SJ.

Hace doscientos treinta años, en una triste mañana de agosto, este lejano reino despertó conmovido porque su rey expulsaba de todos los dominios de España a una orden religiosa que formaba parte integral del alma y del tejido cultural de esta patria. Con el Abate Molina, Lacunza y tantos otros, partían maestros y sacerdotes jesuitas que habían contribuido como pocos a forjar nuestras raíces. Aunque parezca extraño, la universidad que hoy todos juntos fundamos es un modo de regreso. Pero volvemos, no mirando hacia atrás, porque nuestro talante, heredado de Ignacio, nos impele a discernir los desafíos que la hora presente y el futuro le deparan a la Patria y a la

Iglesia. Esta universidad es una misión recomendada porque en Chile, después de tantos años, hay tareas pendientes. Hemos querido que presida este acto la imagen de San Ignacio que estaba en el noviciado de la Compañía de Jesús en tiempos de la colonia, ella nos vio partir hace dos siglos y ella con sus ojos serenos y profundos nos invita a marchar hoy por nuevos rumbos.

Raíces y universalismo

No partimos de cero. Después de más de treinta años de investigación y docencia a través de ILADES y el CIDES, queremos recoger esa experiencia y extenderla a nuestra patria y a los otros países de América Latina. En esta hora de la historia, intentamos crear una institución que se ocupe no sólo de los problemas del país, sino que humildemente contribuya a la fraternidad entre los pueblos, porque todos nos hemos ido haciendo paulatinamente ciudadanos del mundo. Hoy la humanidad tiene los medios para estrechar sus manos y hay que ayudarla a emplear esos recursos para rehacer el designio original de Dios. La catolicidad, es decir la universalidad, tan central en el pensamiento de Ignacio, es fuente de horizontes. Ella rompe estrecheces, ubica en un contexto amplio los problemas y nos inserta de lleno en la tarea de construir una nueva

humanidad. Esta universidad pretende situarse en esa perspectiva.

Nacemos en un momento particularmente atractivo de Chile, cuando quebrados los márgenes que nuestra lejana geografía nos impone, nos hemos abierto al mundo y por esa apertura han entrado infinitas posibilidades para poder crecer y desarrollarnos. Pero también por esa brecha se introduce la posibilidad de perder nuestras raíces y confundir el alma. El cambio de cultura que experimentamos remece hasta en sus fundamentos el sistema de valores que ha dado sentido a nuestras vidas. Lo que era claro y definido para nuestros padres se ha empañado, se perdieron las evidencias y es tarea de nuestra generación y de la que viene, discernir, abrir los nuevos tiempos, roturar nuevas sendas, sabiendo conservar aquello que debe perdurar.

Sentimos que es un momento fundacional para Chile. Como nunca en tales circunstancias hemos de formar personas capaces de ser sujetos de la historia, hombres y mujeres capaces de ordenar su casa y humanizar los cambios. Si en toda época esta ha sido tarea irrenunciable de una verdadera universidad, en este tiempo en que la modernidad puramente racionalista en lo científico, en lo político y lo económico ha mostrado sus vacíos, surgen las exigencias, más que de refundar la patria, de refundar al ser humano.

Vivimos un momento particularmente propicio para hacer un aporte al hombre, porque hemos tomado conciencia del vacío y, sedientos, buscamos alternativas. A menudo atraídos por la novedad, hemos abierto

nuestras fronteras y sin discernimiento, sin pensamiento propio, sin espíritu crítico, hemos copiado, hemos repetido recetas y lecciones haciendo tristes remedos, corriendo el riesgo de vender el alma. Hay sectores importantes de nuestra sociedad, entre los que se cuentan muchos intelectuales y profesionales, que se han expatriado aún cuando siguen viviendo en el país. Son trasplantados como aquellos que vivían en París en el siglo XIX. Su lenguaje, su nivel de consumo, su ciencia y hasta su misma técnica no corresponden a lo que en verdad somos y necesitamos.

Nuestra vocación ética

En este momento apasionante de transición, de esperanza y desconcierto, la misión de la universidad recobra una importancia insoslayable. No podemos contentarnos con formar profesionales. Si la universidad no es capaz de interesarse por un proyecto de país, un proyecto de humanidad que dé sentido, orientación y coherencia a todos nuestros desvelos y en particular al trabajo intelectual, ella estaría fallando a su misión. Es una traición al espíritu universitario formar especialistas eximios en parcelas, pero incapaces de mirar el conjunto.

Ese conjunto necesariamente está ligado con una perspectiva ética. Se ha encajonado la ética en el ámbito de la corrupción o del desorden sexual. Se habla de ella para lamentar los males que nos aquejan, pero no nos tomamos el trabajo de pensar que esos males, la corrupción, el desorden sexual, la violencia, el narcotráfico son sólo consecuencias de algo que no queremos cuestionar. Creemos un deber ampliar y profundir

zar el debate ético en nuestra sociedad. Hay que reformular las preguntas esenciales porque tal vez como sociedad estamos respondiendo a interrogantes mal planteados. El número de suicidios en el sistema escolar no se debe a la calidad de los profesores o a una reprimenda recibida. Es un problema de sentido profundo al que no responde la cultura imperante. Es bueno que clarifiquemos la imagen de hombre que queremos, el tipo de país. Es bueno que pongamos en la mesa los grandes desgarrones que nos rompen el alma para buscar juntos una solución.

La ética se interroga por el bien que el hombre busca, ella define un ideal; es un anhelo y una esperanza que norma nuestros pasos. ¿Qué andamos añorando? ¿Dónde ponemos la realización humana? ¿Qué sueños hemos forjado para nuestra sociedad? O como diría San Ignacio ¿cuáles son nuestros grandes deseos? Todo debe contribuir a responder estas preguntas. Por eso todo nuestro saber y trabajar debe estar imbuido de sentido ético.

En esa perspectiva, es necesario preocuparse para que la economía sea eficiente. De eso depende una parte importante de las soluciones que buscamos. Es indispensable preocuparse del valor del dólar, pero el problema de fondo de Chile no radica en el valor de esa moneda, sino en otros valores. Es razonable y necesario que demos cursos de formación afectivo sexual a nuestros jóvenes, pero esos cursos carecen de toda significación si no se enseña previamente que el don de sí, el sacrificio por los demás, el preocuparse por el dolor ajeno, la solidaridad, la necesidad de trascenden-

cia y el encuentro definitivo con Dios forman el núcleo más humano de lo humano. La ética es un gran proyecto de humanización y en ese proyecto quisiéramos empeñarnos como universidad.

Todas las técnicas, y todos los saberes científicos, incluido los religiosos, deben amarrarse como el vértice de una pirámide en torno a valores que den sentido y amalgamen al conjunto. De otro modo, la empresa que construyamos será vana y disgregada. Esto supone el esfuerzo de todos: investigadores, docentes, alumnos y administrativos. La universidad es por esencia interdisciplinaria. He releído con emoción en estos días, el discurso de Andrés Bello, primer rector de la Universidad de Chile. El insiste allí en que “todas las verdades se tocan... todas las facultades humanas forman un sistema en que no puede haber regularidad y armonía sin el concurso de cada uno. No se puede paralizar una fibra, una sola fibra del alma sin que todas las otras se enfermen”.

Compromiso cristiano y pluralismo

Ante tal desafío social y cultural, consideramos que una universidad que se inspira en el Evangelio de Jesús tiene una gran responsabilidad. Ella, como la Iglesia, debería ser, según palabras de Paulo VI, “experta en humanidad”. Nuestra cultura nacional tiene una vertiente cristiana y católica indesmentible y los cristianos por fidelidad a nuestra fe, en conjunto con todas las personas de buena voluntad, debemos hacer un aporte para que el tránsito cultural que experimentamos no produzca desmedro en el hombre.

Tenemos la impresión de que, en este momento de la historia de la patria, quienes nos inspiramos en el cristianismo, estamos en deuda con ella. Echamos de menos ese pensamiento sólido, profundamente fiel a la tradición y a la vez abierto, capaz de un diálogo hondo e interpelante con la modernidad y que presente desafíos al mundo que estamos construyendo. El Papa Juan Pablo II nos ha invitado con coraje a una nueva evangelización, y a veces nos preguntamos avergonzados si estamos haciendo los esfuerzos que el Papa nos pide. Es necesario hacer un trabajo gigantesco, como el de los primeros Padres de la Iglesia, como el que nos pidió el Concilio Vaticano II, para dialogar con el mundo que nace para proponerle una verdad creíble y para elaborar un razonamiento que brille por su propio peso.

No estamos solos en la búsqueda de la verdad. La sociedad contemporánea es profundamente pluralista y hemos de saber insertarnos en esa realidad. Los católicos a menudo tenemos miedo de este mundo nuevo por la dosis posible de relativismo que hay en él. El pluralismo no es necesariamente relativismo. Si entendemos el pluralismo como confusión de valores, eso significaría querer reconstruir en nuestra casa la torre de Babel. El verdadero pluralismo se basa en el amor irrestricto a la verdad y en el sentimiento humilde de que uno puede, por sus intereses, su cultura o sus limitaciones, estar estrechando esa verdad. En mi modo de leer el evangelio y recibir la tradición siempre estoy interponiendo mi pequeño modo de pensar y de mirar. Por eso, el pluralismo invita a aceptar la verdad que hay en los otros, porque nadie, por errado que

esté, no tiene algo de verdad que transmitir según la enseñanza de Santo Tomás.

El pluralismo no se hace de silencio sino de respeto, de un humilde escuchar o de un querer aprender y a la vez de un querer transmitir la verdad que uno ha recibido como un don. El pluralismo supone la voluntad de transmitir sus creencias no por la fuerza o la imposición, sino por la persuasión que nace de la intrínseca luminosidad de la verdad bien presentada y del valor del testimonio. Una universidad debe buscar apasionadamente la verdad y buscar el modo de decirla, debe buscar los argumentos para que la verdad se imponga por sí misma y no por el brazo secular. Como discípulos de San Ignacio, que nos enseñó a salvar la proposición del prójimo, esperamos poder hacer un aporte a la sociedad y a la Iglesia, a la cual declaramos una radical fidelidad.

Decálogo del hombre y la mujer que queremos formar

Quisiéramos resumir lo que proyectamos, haciendo un decálogo del hombre y la mujer que queremos formar. Me baso en ideas expuestas anteriormente por nuestro Provincial.

Formar es mucho más que enseñar fórmulas o conocer teoremas: es aproximar con la ciencia y con el ejemplo a los alumnos a un modo de encarar la vida y de relacionarse con Dios, con el mundo, con los otros hombres y con ellos mismos. Quien pase por esta universidad debe quedar marcado con un sello indeleble.

1. Esperamos que esta universidad sea capaz de formar personas con una fe sólida y con una visión sanamente religiosa de la existencia, que sepan por qué y para qué viven, por qué y para qué estudian y qué sentido tiene su paso en esta tierra. Es importante que en estas aulas se pueda hablar de Dios tal como Jesús nos habló de El: Dios de la vida que no arrebató al ser humano su libertad ni su modo de pensar, que no es garante de un orden social injusto, que es cercano al hombre y en especial a aquellos que el mundo margina.
 2. En segundo lugar, esperamos formar hombres y mujeres, colaboradores de Dios, que comprenden su profesión como una misión y posibilidad de servicio, que existen para los demás y que no busquen en primer lugar su propia realización ni su prestigio.
 3. En tercer lugar, quisiéramos formar hombres de diálogo, llenos de respeto por las opiniones ajenas, que procuran abrirse a la verdad sin relativismo, pero sin fanatismos, intransigencias o descalificaciones. Por eso, las personas formadas en esta universidad deberían ser un fermento de concordia.
 4. En cuarto lugar, esperamos que de esta universidad salgan personas que miran positivamente la creación, que saben amar y cuidar la naturaleza, que saben contemplarla y reconocer en ella las huellas del Creador, sin esclavizarse ante ninguna criatura. Frente a la tentación de consumismo y ostentación que nos amenaza, esta universidad debe formar personas austeras y modestas que comprendan que los bienes tienen un destino universal. Es también importante que nuestros profesionales tengan la genialidad de emplear medios que correspondan a nuestra realidad social, económica, étnica para que no se constituyan en un factor de alienación.
 5. En quinto lugar, quisiéramos que las personas formadas aquí sean excelentes en sus respectivas disciplinas, que hagan rendir los talentos recibidos sin mediocridad. El país necesita para su desarrollo profesionales de primera calidad, serios, creativos, constantes y estudiosos. El buscar la excelencia es un modo de amar, si no se hace sólo por sobresalir.
 6. En sexto lugar, es bueno recordar que los egresados de estas aulas tienen que tener una verdadera pasión por la justicia, procurando crear con todo su empeño una sociedad más justa, solidaria y humana. Por eso es indispensable que se estudien los mecanismos que generan injusticia y que se tenga contacto real con los marginados, con los más pobres y con los que más sufren, con la verdad de Chile.
 7. Séptimo punto de este decálogo. Para poder vivir el ideal de Ignacio es fundamental una formación integral e integradora. Que los hombres, los profesionales salidos de estas aulas, puedan ser especializados, pero jamás hombres de una sola dimensión.
- El profesional de esta universidad debe ser profundamente humano, capaz de apasionarse por todas las manifestaciones del espíritu y dolerse con todo lo que quebranta la humanidad. El hombre integral tiene ese equilibrio que le permite ser religioso sin ser beato; científico sin perder las otras dimensiones de la humanidad; artista sin despreciar la razón; deportista con conciencia de

que el cuerpo no puede ser centro exclusivo de todos los cuidados; inquieto socialmente sin caer jamás en el simplismo demagógico. Ciencia, arte, religión, deportes deben amalgamarse en una síntesis armónica. Una formación integral supone también educar la afectividad. Cuando llegue la hora del arqueo final, la gran pregunta será si hemos sabido amar. Por eso, una buena formación profesional se armoniza con la vida de familia y con la capacidad de amistad fiel y profunda.

8. En octavo lugar, la formación humanizante debería dar a los profesionales la capacidad de no escandalizarse de las debilidades humanas. Tanto la universidad como las empresas, y hasta la Iglesia, tendrán siempre la impronta de la debilidad y el pecado, de los egoísmos e imperfecciones. Un hombre y una mujer maduros no deben cerrar los ojos ante el mal. Deben reconocerlo, denunciarlo y buscar los remedios para que ese mal se corrija. Pero, como Jesús, no debe jamás descorazonarse ante la pequeñez humana.

9. Noveno. Necesitamos profesionales libres para buscar, decir y vivir la verdad. No puede haber sociedad justa y desarrollada, construida sobre el engaño, la deshonestidad y la corrupción.

10. Nos parece finalmente que en un mundo que se unifica, es indispensable formar personas con mirada universal, que no estrechen las perspectivas por el amor a su región y a su país. El hombre que debemos preparar para el siglo XXI tiene raíces en su patria, pero es un ciudadano del mundo

que se deja interpelar por los grandes problemas de la humanidad.

Conclusión

Con humildad, pero con mucha verdad, esperamos ser una universidad señera, no por la extensión de sus instalaciones, ni por la cantidad de sus recursos o por el monto de la publicidad. Pretendemos ser una contribución significativa por la seriedad académica, por la voluntad de diálogo imbuida de un alto contenido ético y humanista y, sobre todo, por ser una respuesta pertinente a los principales problemas y oportunidades que se le presentan al país.

Antes de venir a este acto, me pareció un deber ir a uno de los lugares más pobres de la ciudad: el campamento "El Hoyo" que, como su nombre lo indica, constituye una verdadera muestra de la postergación. Quise llenar mis retinas con ese aspecto oculto de nuestra sociedad para que cuantos allí viven de algún modo estuviesen presentes en esta inauguración. Esperamos que esta inauguración ensanche la esperanza de aquellos que han recibido poco de nuestra sociedad. Deseamos contribuir a que sus necesidades e inquietudes, sin simplismos, sin demagogia, ocupen un lugar de importancia en nuestra investigación y en nuestros desvelos académicos. Hoy, la sociedad puede resolver esos males. Esperamos ser un puente entre profesionales, empresarios, científicos, políticos y esas personas que viven en carne propia la iniquidad endémica de nuestra sociedad, que ha sido más fuerte y perdurable que todos los sistemas políticos-económicos y que se

transmite de generación en generación. Estoy seguro que el Padre Hurtado espera esto de su universidad.

No es fácil comenzar una universidad con estos sueños cuando la fuerza avasalladora de la cultura ambiente propone ideales de triunfo y de realización humana que exaltan el éxito profesional, la fuerza del dinero, el gozo rápido. Pero tenemos un patrono que nos abre el camino. Con él nos preguntamos si es Chile un país católico y sobre todo qué haría Cristo si estuviese en nuestro lugar. La figura de Alberto Hurtado será una fuente de inspiración para esta universidad. Este sacerdote santo, intelectual, doctor en pedagogía, preocupado por las ideas de su tiempo, supo unir el estudio y la acción, la teología y las otras ciencias, lo espiritual y lo social. En lo social, no dudó en ir en socorro inmediato del necesitado, pero vio que eso no era suficiente. Por eso estudió y combatió también la causa de los males. Como un precursor de Puebla, tuvo una opción preferente por los jóvenes y los pobres. Fue combatido y criticado, pero no se desanimó porque supo encontrar siempre en su

fe, en su intensa vida de oración y en su amor a Cristo, la fuerza para remecer una sociedad amodorrada.

Los grandes amores del Padre Hurtado han de marcar nuestra universidad. Amor a Dios y a Jesucristo, amor a María y a la Iglesia, amor a los pobres y a los jóvenes. Y su modo apasionado de servir, la sensación de que el tiempo nos urge cuando hay problemas serios que resolver, y su inspiración ignaciana y evangélica, serán para nosotros un modelo.

Fundamos esta universidad, como lo dice el acta fundacional, para la mayor gloria de Dios, sabiendo que la gloria del Señor es el hombre viviente. El Señor y su Madre nos ayuden a llevar a cabo la obra comenzada. En El sólo ponemos nuestra esperanza. Y a ustedes, que nos han acompañado en este día, les pedimos que nos sigan acompañando con su apoyo, su corrección y su consejo. Sientan esta universidad, por favor, como algo suyo, como obra propia, porque ustedes y nosotros, laicos y jesuitas unidos, en el día de hoy, la hemos fundado. Muchas gracias.